

Olvidados por la fortuna

Claudia Guillén

La muerte es la única certeza con la que nacemos; no obstante, su certidumbre nos pesa, taladra, avasalla, hace patente nuestro permanente estado de vulnerabilidad y, en consecuencia, tratamos de evadirla a la menor provocación. Los seres humanos transitamos por el mundo con la sólida esperanza de que, al no pensar en ella, y mucho menos nombrarla, pueda esfumarse como si fuera cualquier mal pensamiento y no una realidad de la que es imposible huir. *No morir*. Aunque sabemos que tan sólo se trata de una fantasía, ningún ser pensante ha logrado sustraerse a ella.

Cuántos de nosotros no hemos perdido a un ser querido, experiencia que nos lleva a enfrentar caminos poco usuales de soledad y desconsuelo. Si la *naturaleza* siguiera su curso convencional, los primeros en irse deberían ser los padres; con el paso de los años, los hermanos mayores y los amigos más cercanos, hasta llegar a uno mismo. Mas esta suerte de cadena natural no se cumple cabalmente, lo que provoca pérdidas tempranas que terminan por desquiciar a quienes rodeaban a quien ya no está, sobre todo si se trata de un niño. Debemos reconocer que historias como ésta son mucho más frecuentes de lo que desearíamos, y que sólo la literatura puede retomarlas para, al narrarlas, aligerarlas aun presentándolas con toda su dureza, como lo hace la escritora Socorro Venegas (1972), quien echa mano de los sentimientos desatados tras la pérdida del hermano menor de la protagonista —Gabriel, de seis años de edad— para construir el conflicto central de su primera novela, *La noche será negra y blanca*, publicada por Ediciones Era en coedición con la Dirección de Literatura de la UNAM.

Venegas nació en San Luis Potosí, pero ha radicado buena parte de su vida en la

ciudad de Cuernavaca, Morelos, donde al tiempo en que se desempeñaba como promotora cultural conformó su obra cuentística reunida en los volúmenes *La risa de las azucenas*, *La muerte más blanca* y *Todas las islas*, libro merecedor del Premio Nacional de Cuento “Benemérito de América” en 2002. Fue becaria del desaparecido Centro Mexicano de Escritores, del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, y escritora residente en el *Writers Room* de Nueva York. Algunos de sus relatos se han traducido a otras lenguas. Con *La noche será negra y blanca* obtuvo el Premio Nacional de Novela para Ópera Prima “Carlos Fuentes” en 2004.

Pero, más allá de los reconocimientos que su obra ha propiciado, la consistencia de sus relatos reside, entre otros aspectos, en el punto de vista con que narra y en la fuerza de las imágenes que pueblan su prosa; imágenes que nos introducen en atmósferas verídicas, descarnadas, realistas, generadoras de diversos estados de ánimo. Y en éste su primer ejercicio de largo aliento, Socorro Venegas retoma las evidentes virtudes de sus historias cortas, reafirmando en ellas, con lo que alcanza un tono a la vez espontáneo e inquietante, en absoluta coherencia con la mirada honesta de su protagonista: la narración fluye con toda docilidad, más allá de que la naturaleza de lo narrado invoque temas que nos perturban, que trastocan más de algún sentimiento en el lector.

Uno de los aspectos más notables de *La noche será negra y blanca*, es que Venegas lleva a cabo un homenaje a *La Divina Comedia*, de Dante Alighieri. Si bien en su estructura no es fácil reconocer explícitamente la división tripartita en “Infierno”, “Purgatorio” y “Paraíso”, en la trama encon-

tramos escenas, atmósferas, sensaciones y estados anímicos que se pueden identificar con estos estadios que tanto incumben a Andrea, la protagonista. En el transcurso de la historia, además, la muerte se presenta en sus diferentes facetas. Desde las primeras páginas, la narradora nos plantea el reclamo por la ausencia de su progenitor, Bernardo, desde el recuerdo, así como un conflicto velado, pero no menos intenso, con la madre. Y Gabriel, el hermano muerto, está presente como un observador invisible del trastocamiento de su familia. Es decir, la tensión se desata desde la primera página, sin sutilezas, cuando los lectores nos enfrentamos con el resquebrajamiento de una familia que trata de sostenerse en el pasado como una forma de vivir el presente y, gracias a ello, contemplamos nítidamente el perjuicio que les han causado los años de abandonarse en el silencio y en un recuerdo distorsionado de su casi irreparable pérdida.

La muerte como eje temático. Mejor dicho: las diferentes formas de muerte, pues la autora no sólo se refiere a la física; también a la de las emociones, y a la de los oficios —el padre y el abuelo trabajaban en un rastro. Hacia la muerte, o muertes, confluyen otros elementos, entre ellos ciertos espacios físicos, como las funerarias con las que desde niña Andrea inventa su propia superstición: si las mira, arraiga en ella la certeza de que ocurrirá una desgracia. En el mismo tenor, la protagonista tiene un recuerdo casi fantasmal del padre ausente —quien aparece después de diez años para solicitar su ayuda a lo largo del relato—, evocación que se le mezcla con las emociones encontradas que el mismo padre le despertó desde niña, semejantes al duelo padecido por alguien a quien no se volverá a ver aunque todavía viva.

Retomando la analogía con *La Divina Comedia*, en la novela aparece una suerte de Virgilio que conduce a Lidya —sobrenombre que elige este personaje para nombrar a Andrea, como si al estar juntos entraran en una realidad distinta a la habitual— por los caminos que no ha podido enfrentar a lo largo de su vida. Se trata de Eugenio Millá, un escritor consagrado que vive sus últimos días en Cuernavaca, donde comparte con la joven la historia de su propia vida, y la motiva para que ella también escriba su relato de pérdidas familiares. El trazo de Millá nos recuerda el carácter aparentemente huraño y provocador de Ricardo Garibay, pero, más allá de las coincidencias, el personaje se convierte en un ser indispensable para que la joven periodista desentrañe los recuerdos soterrados que no le permiten continuar con su vida. La encamina, la instiga, como un Virgilio moderno lo haría quizá con un Dante de nuestros días, para que deje atrás la idea de que la infancia es un espacio donde uno queda atrapado, hasta llegar a motivarla para que desmitifique ese pasado que ha sido el único refugio del tormento familiar. Millá la incluye en su grupo de amigos, distintos en edad y en los oficios a los que se dedican, introduciéndola en una especie de juego de espejos donde se enfrentan diferentes realidades que convergen en un mismo punto.

La abuela Paz vive en San Luis Potosí. Andrea quiere conocerla antes de decidir si responderá al llamado de su padre. Sin la aprobación de su madre, quien pretende mantener intacto el silencio de su duelo, se dirige a esa ciudad. Ahí se encuentra con una anciana que, mientras fuma, le revela ciertas experiencias de la vida de Bernardo, su padre, quien desde niño se vio obligado a sortear la dura vida en el oficio de matarife. Pensaríamos que sería suficiente la muerte de un niño para despertar la tragedia. Sin embargo, la familia de Andrea carga con varias tragedias previas, y quizá la muerte de Gabriel sirvió como detonador para que salieran a la luz. La vida no era fácil antes de la muerte del pequeño, pero a partir de lo sucedido todos se desmoronaron rápidamente, como lo dice la protagonista: “Quedarme sin Gabriel fue como cambiar de hogar de un día a otro. Perdí mi mundo”. Y a pesar de vivir inmer-

sos en ella, la muerte avergonzaba a la familia, asegura la narradora, quien desde la primera persona gramatical nos narra sus recuerdos y su presente de primera mano.

Los escasos personajes que deambulan por las páginas de *La noche será negra y blanca* parecen compartir un destino nada afortunado. Constituyen un retrato realista, estremecedor, de muchas familias del mundo con una o varias muertes a cuestas, cuyo duelo las ha hecho arrinconarse en sí mismas y en su silencio, semejantes a seres olvidados del mundo. Sin embargo, la oscuridad no es total: a través del oficio literario, de la mano de su Virgilio, o por medio

de las palabras de una abuela casi desconocida, Andrea, la protagonista, entrevé una luz —acaso engañosa— al final del túnel y se dirige hacia ella, un tanto a ciegas o dando tumbos, como el inolvidable Cónsul de Malcolm Lowry lo hizo en esas mismas calles, con la inquebrantable fe en la palabra escrita que hace de su vida, y de esta primera novela de Socorro Venegas, una verdadera muestra de cómo un logro estético no es sino una actitud ética llevada a la literatura. ■

Socorro Venegas, *La noche será negra y blanca*, Era-Dirección de Literatura, UNAM, México, 2009, 133 pp.

